

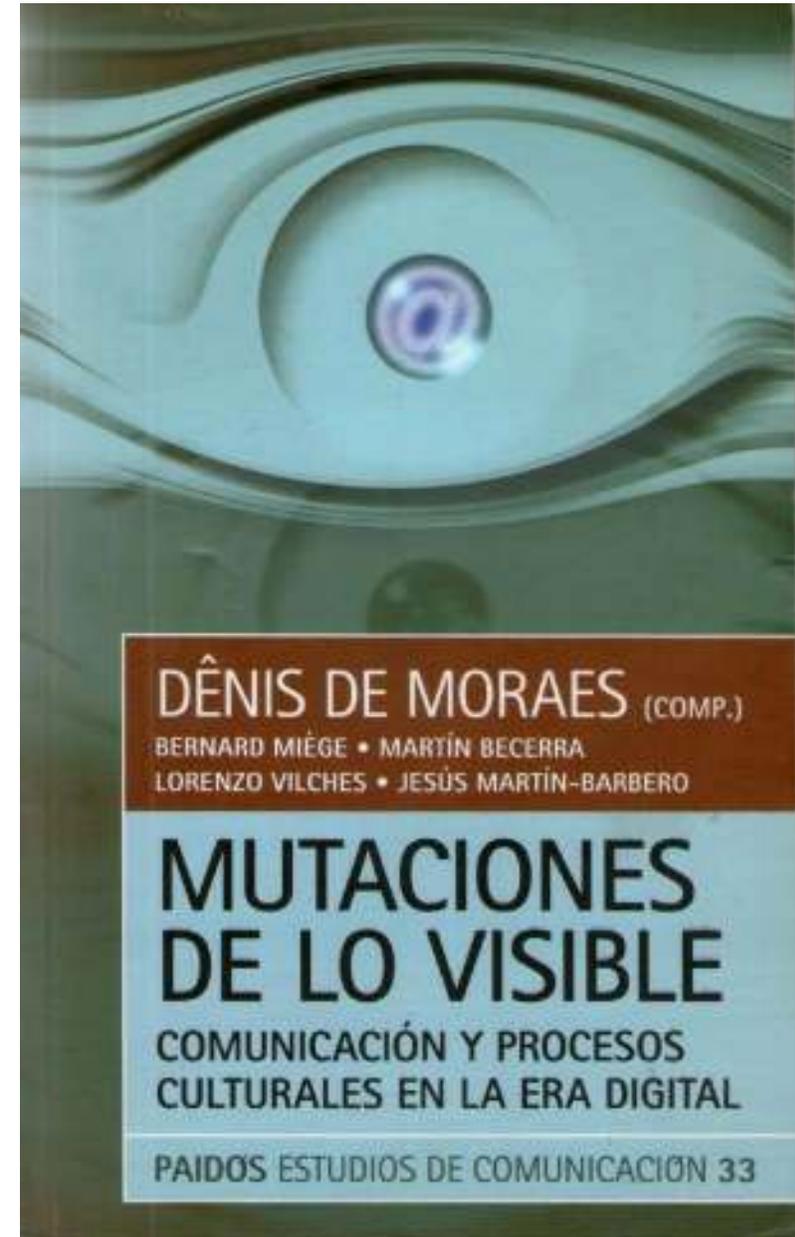


**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL**
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Cap. 5: Convergencia digital y diversidad cultural. Jesús Martín Barbero

**TALLER DE PRODUCCIÓN
DE CONTENIDOS
Y NARRATIVAS DIGITALES**

Cátedra Romero – 2° Cuatrimestre 2018



Moraes, Dénis de
 Mutaciones de lo visible : comunicación y procesos culturales
 en la era digital.- 1a. ed.- Buenos Aires : Paidós, 2010.
 168 p. ; 22x14 cm.- (Estudios de Comunicación; 66033)
 ISBN 978-950-12-2733-8
 1. Sociología. 2. Nuevas Tecnologías. I. Título
 CDD 303.483

Cubierta de Gustavo Macri

1ª edición, 2010

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

- © 2010, Dénis Roberto Villas Boas de Moraes (por la compilación)
- © 2010 de todas las ediciones en castellano,
 Editorial Paidós SAICF
 Independencia 1682/1686, Buenos Aires - Argentina
 E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
 www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
 Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Leograf.
 Rucci 408, Valentín Alsina
 en junio de 2010

Tirada: 3.500 ejemplares

ISBN 978-950-12-2733-8

Los autores.....	9
Presentación, <i>Dénis de Moraes</i>	11
1. La cuestión de las TIC: hacia nuevos planteamientos, <i>Bernard Miège</i>	15
2. Cultura tecnológica, innovación y mercantilización, <i>Dénis de Moraes</i>	45
3. Mutaciones en la superficie y cambios estructurales. América Latina en el Parnaso informativo, <i>Martín Becerra</i>	81
4. ¿Es posible una estética de las tecnologías de la comunicación?, <i>Lorenzo Vilches</i>	113
5. Convergencia digital y diversidad cultural, <i>Jesús Martín-Barbero</i>	137

Jesús Martín-Barbero es profesor e investigador visitante en universidades de América Latina, Europa y Estados Unidos. Autor de *De los medios a las mediaciones* (Gustavo Gili) y *El oficio del cartógrafo: travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura* (Fondo de Cultura Económica).

Presentación

Dênis de Moraes

El compromiso esencial de este libro es analizar las mutaciones de una época de comunicación generalizada, en la cual la vida social, las mentalidades, los valores y los procesos culturales parecen definitivamente vinculados a pantallas, monitores y ambientes virtuales. "Somos dependientes de estímulos externos: los mensajes que llegan en el teléfono móvil, el iPod, las conversaciones por Internet, la sensación perturbadora de que muchas personas solo consiguen abolir la soledad en el MySpace, en el Facebook o en el Twitter", resume un atento observador de ocho décadas, Zygmunt Bauman (2009). Los impactos tecnológicos se suceden de manera vertiginosa, influyendo en circuitos informativos, experimentaciones estéticas, comportamientos, identidades, interacciones, cadenas productivas, negocios, transacciones financieras, ritmos de trabajo, investigaciones científicas, metodologías educativas y acciones sociopolíticas. Gianni Vattimo agudamente califica la tecnología como "el órgano de los órganos", el lugar en el que el sistema tiene su dirección tendencial de desarrollo, con la prerrogativa de controlar el repertorio de conocimientos e innovaciones (Vattimo, 1990). La tecnología representa así uno de los principales ejes gravitacionales del mundo contemporáneo, incidiendo en casi todas las dimensiones de la existencia.

Debemos reconocer las posibilidades y avances en el rastro de la expansión tecnológica, por ejemplo las funcionalidades

dades de los teléfonos móviles, los servicios públicos en línea, los espacios colaborativos e interactivos, los intercambios audiovisuales, las movilizaciones por afinidades electivas y las difusiones descentralizadas en Internet. Pero no podemos dejar de resaltar que la misma moldura está marcada por serias contradicciones. Parcelas expresivas de la población mundial continúan excluidas de la evolución técnica. Y son las clases privilegiadas y el capital dominante quienes absorben las mayores ventajas de la cultura digital, afectando la idea de bien común que debería ser el pilar de sustentación de la división igualitaria de las riquezas y del progreso tecno-científico y material. Aunque amplíe nuestras capacidades de conocer, imaginar e intervenir, la aceleración tecnológica no tiene, por sí misma, el poder de deshacer los desniveles socioeconómicos, y en determinados casos, puede incluso agravarlos.

Para enfrentar este cuadro desafiante, reúno en este libro intelectuales que se destacan internacionalmente en el examen de perspectivas y dilemas en la órbita de la multiplicación de canales, redes, sistemas, plataformas, soportes y dispositivos. Esa multiplicación, viabilizada por la convergencia digital, es propicia para la creación y renovación de formatos, lenguajes, estilos, programaciones y géneros. Por redes infoelectrónicas y satélites circula un volumen sin precedentes de datos, sonidos e imágenes, de las más diversas procedencias e intenciones. El problema es que las corporaciones de medios, informática y telecomunicaciones asocian la generación voraz de contenidos y servicios a la búsqueda de máxima rentabilidad a corto plazo y en cualquier lugar. En ese sentido, no se puede ignorar que la abundancia de informaciones y entretenimientos está sometida a metas y límites definidos por prioridades empresariales. Así es que hay variaciones y motivaciones relevantes para tomar en consideración cuando reparamos en la complejidad de los flujos y velocidades. Comprenderlas contribuye a rechazar la naturalización de la predominancia de intereses particulares sobre las aspiraciones colectivas.

Necesitamos construir síntesis dialécticas capaces de evaluar las reconfiguraciones tecnológicas y verificar sus efectos

y desdoblamientos, separando las transformaciones potenciales de las tendencias efímeras. Significa relevar las líneas constitutivas, las antinomias y las alternativas del mundo visible, permitiendo distintas interpretaciones sobre una sociedad cada vez más expuesta a las transmisiones mediáticas, atravesada por todo tipo de conectividades y sometida a los designios de la mercantilización. Para eso, acentúa Milton Santos, es decisivo cuestionar los discursos hegemónicos que –ocultando hábilmente sus lazos con el mercado– quieren fijar en el imaginario social la técnica como “una necesidad universal, una presencia indiscutible, dotada de una fuerza casi divina a la cual los hombres acaban rindiéndose sin procurar entenderla” (Santos, 2004: 41). Y no es raro que tengan éxito, porque sus fundamentos y su alcance escapan a la percepción inmediata y se insinúan en la banalización de lo cotidiano, mezclados con la exaltación del consumo como medida de valor y prestigio. De ahí la importancia de movilizar energías para el “análisis de las estructuras invisibles” –expresión utilizada por Pierre Bourdieu al enfatizar la necesidad de una intervención consciente del pensamiento crítico contra la fuerza de gravedad del sentido común establecido–, “cosas que nadie ve, pero que es preciso suponer para comprender lo que pasa” (Bourdieu, 1997: 75).

El esfuerzo cooperativo de los autores de este libro resulta en reflexiones significativas sobre los procesos de producción, circulación y recepción simbólicas de la era digital y sus reflejos socioculturales, políticos y económicos.

Bernard Miège aprecia las consecuencias de los proyectos info-comunicacionales que promueven la incesante circulación de saberes y entretenimientos en condiciones desiguales de acceso, asimilación y respuesta.

En el segundo capítulo analizo cómo la cultura tecnológica redefine parámetros de convivencia, intensifica las innovaciones para acumular dividendos competitivos y subordina flujos informativos y creaciones culturales a intentos lucrativos.

En su estudio sobre la llamada “sociedad de la información”, Martín Becerra reflexiona sobre lo que implica la

concentración monopólica de los medios y realiza la exigencia de una regulación pública para democratizar las comunicaciones en América Latina.

Lorenzo Vilches aborda la representación simbólica en el ciberespacio, evaluando áreas de visibilidad habilitadas por las herramientas informáticas, bajo la influencia de factores ideológicos, estéticos y mercadológicos.

Jesús Martín-Barbero focaliza cambios culturales y educativos en el ámbito de las redes planetarias, que reconfiguran las nociones de identidad y diversidad, y estimulan políticas de fomento a la creatividad.

El conjunto de textos que integra este libro evidencia el protagonismo de la comunicación en situaciones determinantes del presente, sobre todo en las disputas de sentido que conforman o modifican la opinión pública y los consensos sociales. Las páginas siguientes subrayan la necesidad urgente de sistemas y dinámicas de comunicación que, incorporando usos y beneficios tecnológicos, favorezcan el pluralismo informativo, las sensibilidades artísticas, la inclusión social, el trabajo cooperativo, la participación política, las relaciones humanas y los derechos de la ciudadanía frente a las conveniencias y ambiciones de clases e instituciones hegemónicas.

Bibliografía

- Bauman, Z., "Estamos constantemente corriendo atrás. O que ninguno sabe é corriendo atrás de qué", *O Globo*, Río de Janeiro, 26 de abril de 2009.
- Bourdieu, P., *Sobre a televisão*, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1997.
- Santos, M., *Por otra globalización: del pensamiento único a la conciencia universal*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2004.
- Vattimo, G., *La sociedad transparente*, Barcelona, Paidós, 1990.

5. Convergencia digital y diversidad cultural

Jesús Martín-Barbero

El pensamiento actual acerca de las relaciones entre cultura y tecnología llega mayoritariamente a conclusiones desesperanzadas y se detiene. Los conservadores culturales dicen que la televisión por cable es la última ofrenda de la caja de Pandora y la transmisión por satélite coronará la torre de Babel. Al mismo tiempo una nueva clase de intelectuales, que dirige los centros en que operan las nuevas tecnologías culturales e informáticas, hablan con confianza de su 'producto'. Ninguna de esas posturas es un suelo firme. *Lo que tenemos es una pésima combinación de determinismo tecnológico y pesimismo cultural*. Así, conforme una tras otra de las viejas y elegantes instituciones se ven invadidas por los imperativos de una más dura economía capitalista, no resulta sorprendente que la única reacción sea un pesimismo perplejo y ultrajado. Porque no hay nada que la mayoría de esas instituciones quiera ganar o defender más que el pasado, y el futuro alternativo traería precisa y obviamente la pérdida final de sus privilegios.

RAYMOND WILLIAMS

El nuevo sentido de la diversidad en la interculturalidad

Los permanentes homenajes a la diversidad cultural que encontramos hoy, no solo de parte de los gobiernos y las instituciones públicas internacionales, sino también de organizaciones del ámbito empresarial de las industrias culturales, son inversamente proporcionales a lo que sucede en el plano de las políticas que protegen y estimulan esa diversidad. Pues todo, o casi todo, queda en aquellos niveles de decisión a los que ni tienen acceso los actores del plano local ni se cuenta con verdaderos mediadores de lo mundial, cuando hoy se juega la supervivencia de la diversidad en *una nueva institucionalidad mundial de lo cultural* capaz de

interpelar a los organismos globales. Nueva institucionalidad que solo surgirá de un nuevo tipo de relación con la, hasta ahora, pretendidamente única "relación fundante", la de la cultura con el Estado nación. No se trata, claro está, de sustituir al Estado, sino de *reinstaurarlo o reinstitucionalizarlo ciudadanamente* en términos de interacción con la iniciativa de las comunidades locales y de interpelación a los nuevos actores mundiales.

Pensando la relación tecno/cultura desde Latinoamérica

Entre el atrincheramiento fundamentalista y la homogenización mercantilizada hay lugar para estudiar y discutir qué puede hacerse desde las políticas culturales a fin de que las alianzas económicas no sirvan solo para que circulen libremente los capitales, sino también las culturas [...]. Lo "latinoamericano" no es un destino revelado por la tierra ni por la sangre: fue muchas veces un proyecto frustrado; hoy es una tarea relativamente abierta y problemáticamente posible.

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI

La temática de la *diversidad y la convergencia digital* es tan crucial para América Latina que no puedo comenzar sino situando la perspectiva de mi reflexión en este contexto. Un contexto en el que sobresale en los últimos años un rasgo fuertemente alentador: el retorno de la política al primer plano de la escena después de casi veinte años de sufrir la perversión de tener a la economía –travestida de ciencia pura y dura– actuando como único e inapelable protagonista. Suplantando a la economía política, la *macroeconomía* no solo relegó la política a un lugar subalterno en la toma de decisiones, sino que también ha contribuido grandemente en nuestros países al vaciamiento simbólico de la política, esto es, a la pérdida de su capacidad de convocarnos y hacernos sentir juntos, con la secuela de *des-moralización* que ello ha producido al traducirse en una creciente percepción de humillación y sensación de impotencia individual y colectiva. El secuestro de la política por parte de la macroecono-

mía ha contribuido también a la deslegitimación del Estado, convirtiéndolo en intermediario de los mandatos del FMI, el BM y la OMC sobre una sociedad cada día más desigual y excluyente, con porcentajes crecientes de población por debajo de los niveles de pobreza y con millones de personas obligadas a emigrar hacia EE.UU. y Europa. Pues al erigirse en agente organizador de la sociedad en su conjunto, el mercado busca redefinir la misión propia del Estado y ello mediante una *reforma* con la que –a la vez que se le marcan metas de *eficacia* cuyos parámetros, eminentemente cuantitativos e inmediatistas, provienen del paradigma empresarial privado– se le *des-centra*, pero no en el sentido de una profundización de la democracia, sino en el de su debilitamiento como actor simbólico de la cohesión nacional. Es por todo eso que el *retorno de la política* oxigena el ambiente ensanchando el horizonte no solo de la acción, sino también del pensamiento, que se ha visto a su vez seriamente asfixiado por la alianza entre pensamiento único y determinismo tecnológico. Vuelve la política con todo lo que ella conlleva de inercias y vacíos pero también de esfuerzos por recargarla de densidad simbólica y por avizorar nuevos ángulos y narrativas desde las que pensarla y contarla.

Pensar la relación entre técnica y cultura desde Latinoamérica implica tomar distancia, como señala Raymond Williams (1980), de la "nefasta combinación entre determinismo tecnológico y pesimismo cultural", tendencia que corresponde a la posición de no pocos pensadores europeos de la talla del politólogo Giovanni Sartori o del crítico literario y analista cultural George Steiner. Frente a esa tendencia se alza el pensamiento crítico del geógrafo brasileño Milton Santos (2004), en cuyo último libro publicado en vida traza su desafiante visión de la globalización a la vez como *perversidad* y como *posibilidad*, esa paradoja cuyo vértigo amenaza con paralizar tanto el pensamiento como la acción capaz de transformar su curso. De un lado la globalización *fabula* el proceso avasallador del mercado, un proceso que al mismo tiempo que uniforma el planeta profundiza las diferencias locales desuniéndolo cada día más. De ahí la *perversidad sistémica* que implica y produce el

aumento de la pobreza y la desigualdad, del desempleo tornado ya crónico, de enfermedades que, como el sida, se tornan epidemia devastadora en los continentes no más pobres, sino más saqueados.

Pero la globalización representa también un conjunto extraordinario de *posibilidades*, cambios ahora posibles que se apoyan en hechos radicalmente nuevos, entre los que sobresalen dos: la enorme y densa mezcla de pueblos, razas, culturas y gustos que se produce hoy –aunque con grandes diferencias y asimetrías– en todos los continentes, una mezcla posible solo en la medida en que emergen con mucha fuerza otras cosmovisiones que ponen en crisis la hegemonía del racionalismo occidental; y las nuevas tecnologías que están siendo crecientemente apropiadas por grupos de los sectores subalternos posibilitándoles una verdadera “revancha sociocultural”, esto es, la construcción de una contrahegemonía a lo largo y ancho del mundo.

Para Milton Santos ese conjunto de *posibilidades* abre a la humanidad por primera vez en la historia a una “universalidad empírica”, y de ahí a una nueva narrativa histórica. Pero la construcción de esa narrativa pasa por una “mutación política”, un nuevo tipo de *utopía* capaz de asumir la envergadura de los siguientes desafíos:

- La existencia de un nuevo sistema técnico a escala planetaria que transforma el uso del tiempo al producir la convergencia y simultaneidad de los momentos en todo el mundo.
- El atravesamiento de las viejas tecnologías por las nuevas, llevándonos de una influencia puntual –por efectos de cada técnica aislada como lo fue hasta ahora– a una conexión e influencia transversal que afecta directa o indirectamente el conjunto de cada país, lo que implica la actual mediación de la política, pues si la producción se fragmenta como nunca antes por medio de la técnica, nunca fue más fuerte la unidad política que articula las fases y comanda el conjunto a través de una poderosa “unidad de motor” que deja atrás la pluralidad de motores y ritmos con los que trabajaba el viejo imperialismo.

El nuevo tipo de motor que mueve la globalización es la “competitividad exponencial” entre empresas de todo el mundo “exigiendo cada día más ciencia, más tecnología y mejor organización”.

- La peculiaridad de la *crisis* que atraviesa el capitalismo reside entonces en el *choque continuo de los factores de cambio* que ahora rebasan las viejas gradaciones y mensurabilidades desbordando territorios, países y continentes. Ese choque, hecho de una extrema *movilidad de las relaciones* y una gran *adaptabilidad de los actores* reintroduce “la centralidad de la periferia”, no solo en el plano de los países, sino también en el de lo social marginado por la economía y ahora recentrado como “la nueva base en la afirmación del reino de la política”.

Lo que nuestro tiempo aporta entonces como rasgo peculiar y condicionante al pensamiento sobre la técnica es su estrecha relación con una globalización que, en la velocidad y brutalidad de los cambios con que lleva a cabo la “unificación planetaria”, hace ya visibles algunos de los rasgos societarios más perversos de la mutación que atravesamos. Entre ellos el de mayor alcance es el divorcio creciente entre Estado y sociedad. Pues al estar hoy estrechamente moldeado y vigilado por las reglas de juego que ponen las instituciones de la unificación económica global –FMI, OMC y BM– el Estado encuentra una enorme dificultad para responder a las necesidades, demandas y dinámicas de su propia sociedad.

En Latinoamérica estamos pues ante una sociedad estructuralmente fracturada, pero en la que al mismo tiempo sus comunidades culturales (García Canclini, 2002a y 2002b) –desde las indígenas a las juveniles urbanas, pasando por algunas de sus pequeñas y medianas industrias culturales– se están convirtiendo en un ámbito crucial de creación del sentido de las colectividades, de reinención de sus identidades, de renovación de los usos de sus patrimonios, de su reconversión en espacio de articulación productiva entre lo local y lo global. Aun en medio de los más brutales procesos de recesión económica, de inequidad y exclusión, nuestras

sociedades viven las transformaciones mundiales que asocian un nuevo modo de producir a un nuevo modo de comunicar que, como afirma Manuel Castells, "convierte la cultura –la facultad humana de procesar símbolos– en una fuerza productiva directa" (1997). Con lo que, si la revolución tecnológica de las comunicaciones agrava la brecha de las desigualdades entre sectores sociales, entre culturas y países, ella moviliza también la *imaginación social* de las colectividades, potenciando sus capacidades de supervivencia y de asociación, de protesta y de participación democrática, de defensa de sus derechos sociopolíticos y culturales, y de activación de su creatividad expresiva.

Interculturalidad y sostenibilidad cultural

Antes de irrumpir en el campo de la tecnología, la idea de *convergencia* se encontraba en el ámbito de la cultura en idea de *interculturalidad*: la imposibilidad de una *diversidad cultural* comprendida desde arriba, esto es, descada o regulada al margen de los procesos de *intercambio* entre diversas culturas, intercambio que se ubica hoy en un claro más allá del ámbito que delimitan las fronteras geopolíticas de lo nacional, y cuya caracterización más profunda ha sido propuesta por Paul Ricoeur (2004) al nombrarla como "entrecruce de irradiaciones" entre culturas, que se configuran en redes. Para comprender la complejidad de esa *irradiación cultural*, Ricoeur se apoya en el concepto de "traducción". La interculturalidad halla en la *traducción* su paradigma, tanto histórico como modelador, ya que en ella se hace patente la posibilidad de una mediación constitutiva entre *pluralidad* de culturas y *unidad* de lo humano. Es en la traducción entre lenguas donde hemos aprendido las verdaderas posibilidades y también los límites de todo intercambio entre culturas. La traducción parte de la no exterioridad, la no extranjería, la no otredad radical, entre las más diversas lenguas. Lo que ha demostrado la larga historia de la traducción misma es, primero, la traducibilidad de todas las lenguas –ahí está el desconcertante caso de los

jeroglíficos egipcios cuyo idioma se creyó intraducible durante siglos–; y, segundo, la emergencia de la *hibridación cultural* como producción en y desde la traducción. Frente al fracaso de la larga creencia en la existencia de una lengua matricial común, que nos ahorraría el largo camino del "cara a cara" entre cada cultura, la historia nos aboca a trabajar a la vez desde las *condiciones* de lo traducible y desde lo indescifrable de cada cultura, y por lo tanto desde la exigencia insuperable de que cada cultura conozca a las otras y se re-conozca como tal en las posibilidades y los límites de su intercambio.

Lo que hace más productiva está concepción de la interculturalidad es su intrínseca relación con la idea de la *identidad narrativa* (Bhabha, 1977; Marinas, 1995: 66-73 y 2004), esto es, que toda identidad se genera y constituye en el acto de narrarse como historia, en el proceso y en la práctica de *contarse a los otros*. Que es de lo que nos habla la preciosa polisemia en castellano del verbo *contar*; pues contar significa narrar historias pero también *ser tenidos en cuenta* por los otros, y además *hacer cuentas*. En ese solo verbo tenemos la presencia de las dos relaciones constitutivas. En primer lugar, la relación del contar historias con el contar para los otros, con el ser tenidos en cuenta. Para ser reconocidos por los otros es indispensable contar nuestro relato, ya que la narración no es solo expresiva, sino constitutiva de lo que somos tanto individual como colectivamente. Y, especialmente en lo colectivo, las posibilidades de ser re-conocidos, tenidos en cuenta y de contar en las decisiones que nos afectan depende de la capacidad que tengan nuestros relatos para dar cuenta de la tensión entre lo que somos y lo que queremos ser. En segundo lugar, también se halla la relación constitutiva del contar (narrar y ser tenido en cuenta) con el *hacer cuentas*, cuyo significado es doble, pues si, por un lado, ello instaura la relación entre el reconocimiento y la participación ciudadana, la capacidad de participación e intervención de los individuos y las colectividades en todo aquello que les concierne, por el otro, instaura la relación perversa del narrar con el mercado al cooptar desde el valor (comercial) el sentido

de las traducciones culturales y de la circulación de las narraciones.

Como el de interculturalidad, también el concepto de *sostenibilidad cultural* (AA.VV., 2005) es un concepto en construcción. Procedente del pensamiento ecológico, su entrada en el campo cultural ha obedecido a una nueva percepción acerca de la densidad de las relaciones entre diferencia cultural y desigualdad social, y por ende entre cultura y desarrollo. En ese contexto, *sostenibilidad cultural* apunta a tematizar explícitamente, tanto en el pensamiento como en la gestión, en primer lugar, la *larga temporalidad de lo cultural* en lo que esta significa de contradicción permanente con la cada día más corta temporalidad del mercado, y también en lo que los procesos de la vida cultural tienen en común con los otros procesos sociales de las colectividades, con lo que ello implica de previsión, planeamiento y acompañamiento. En segundo lugar, apunta a tener en cuenta las posibilidades mismas de desarrollo social que abre la creatividad cultural en sus ámbitos comunitarios e independientes, y en las diferentes modalidades de la industria cultural.

La sostenibilidad cultural se mueve sobre tres vectores básicos. El primero de ellos es la *conciencia que una comunidad tiene sobre el capital cultural propio*. Conciencia hasta hace poco soslayada, cuando no reprimida, por unas políticas culturales mayoritariamente instrumentales y orientada hacia la difusión, en las que la cultura era vista como algo radicalmente exterior a la vida de la comunidad, a la que se debía dar acceso a las colectividades y no aquello que las comunidades mismas heredan y renuevan, reproducen y recrean. Y por tanto *algo que les pertenece* y a partir de lo cual se sostienen *los lazos de pertenencia* en que se entretejen las identidades tanto sociales como culturales. En términos más generales, este vector indica un giro colosal: el que coloca a la "sociedad civil", y no al Estado, como sujeto y actor central del desarrollo sociocultural, giro que se inserta en el estratégico movimiento de desplazamiento que coloca políticamente a *lo público* donde hasta hace poco estaba *lo estatal*. Con la significativa diferencia de que lo

estatal fue siempre considerado como *uno*, mientras que lo público es claramente hoy un espacio *plural*, o como señaló yendo aún más lejos Hannah Arendt, *heterogénea*.

El segundo vector es *la capacidad de la colectividad para tomar decisiones que permitan conservar y renovar su capital cultural*. Lo que, en otras palabras, significa que el grado de sostenibilidad de una cultura es proporcional al grado de su autonomía. Se trata entonces del paso que re-sitúa la cultura en el orden de la participación política de los ciudadanos, y que a su vez la reubica en ese otro orden específico de la formulación de *políticas culturales*. Está ya suficientemente constatado y estudiado el hecho de que sin el ejercicio de involucramiento de los ciudadanos en la cualificación de sus expectativas y demandas, y en su empoderamiento como actores de los procesos que implican decisiones, no hay cultura que sobreviva a la planificada instrumentalización por el mercado de toda *diferencia cultural*.

Finalmente, el tercer vector es *la capacidad de abrir la cultura propia al intercambio e interacción con otras culturas del país y del mundo*. Lo que aquí entra en juego es el doble movimiento de alejamiento y reinsertación que experimentan las culturas locales movidas por los flujos y las dinámicas de la globalización económica y la mundialización tecnocultural. Y lo que se trata de subrayar a este respecto es la importancia decisiva de que ese intercambio, forzosamente asimétrico en el movimiento que hoy se genera desde la hegemonía globalizadora del mercado, encuentre en las comunidades no una respuesta de repliegue a la defensiva, que aunque justificado como reacción acabará resultando altamente suicida, sino una respuesta *proyectiva*, capaz de disputarle a los agentes de la globalización el sentido de las transformaciones sin las cuales es imposible un mínimo de sustentabilidad.

Desde dentro de las comunidades latinoamericanas los actuales procesos de comunicación son percibidos a la vez como forma de amenaza a la supervivencia de sus culturas y como *posibilidad de romper la exclusión*, experiencia de interacción que si comporta riesgos también abre nuevas figuras

de futuro (Sánchez Botero, 1998; Quintero Rivera, 1998; Alfaro *et al.*, 1998). Esto está conduciendo a que la dinámica de las propias comunidades tradicionales desborde los marcos de comprensión elaborados por los folcloristas y no pocos antropólogos: hay en esas comunidades menos complacencia nostálgica con las tradiciones y una mayor conciencia de la indispensable reelaboración simbólica que exige la construcción de su propio futuro.

La convergencia digital en la comunicación de las culturas

Los intercambios virtuales configuran nuevos rasgos culturales a medida que tales intercambios se densifican y expanden hacia una gama creciente de ámbitos de vida de la gente. Al respecto se habla cada vez más de "culturas virtuales" para aludir a los cambios en las prácticas comunicativas por efecto de medios interactivos a distancia, que modifican la sensibilidad de los sujetos, sus formas de comprensión del mundo, la relación con los otros y las categorías para aprehender el entorno. Las culturas virtuales son mediaciones entre cultura y tecnología, constituyen sistemas de intercambio simbólico mediante los cuales se configuran sentidos colectivos y formas de representarse lo real.

MARTIN HOPENHAN

La mirada intelectual aún hegemónica sobre las relaciones entre comunicación y cultura es todavía la que separa y opone el elevado ámbito de la *cultura* al mundano y mercantil espacio de la *comunicación*. Un purismo –exacerbado por la banalización de la comunicación y la masiva y perversa mercantilización de los medios– hace de la cultura el desnudo ámbito de lo simbólico, como si ese ámbito no hubiera estado siempre entrecruzado por el oscuro espesor del intercambio social que anuda la creación a la producción y al ejercicio del poder. Quizá el mejor ejemplo de la insoslayable hibridación entre cultura y comunicación se

halle hoy en la relación entre música y sensibilidades jóvenes: haciendo parte del negocio mediático más próspero y sesgado, la música es a la vez la más expresiva experiencia de apropiación, de creatividad cultural y de empoderamiento social por parte de los jóvenes.

Pero no solo entre las elites intelectuales, también en la *gestión de las instituciones* culturales lo que concierne a los medios es, aun mirado sospechosamente desde un complejo-reflejo cultural apoyado más en la nostalgia que en la historia, lo que está impidiendo asumir en serio *la heterogeneidad de la producción simbólica* (Lahire, 2004; Margret y Macé, 2005) que hoy representan las culturas para poder responder a las nuevas demandas culturales enfrentando sin fatalismos las lógicas de la industria cultural. Lo que a su vez implica asumir que aquello que pone en juego la intervención de la política en la comunicación y en la cultura no concierne solamente a la gestión de instituciones o servicios, a la distribución de bienes o a la regulación de frecuencias, sino a la producción misma del sentido de lo social y sus modos de reconocimiento entre los ciudadanos. Por ahí pasan unas desfasadas concepciones de la comunicación que siguen desconociendo la competencia comunicativa de los ciudadanos (Winocur, 2002; Alfaro, 2005). La comunicación en la cultura deja entonces de tener la figura del intermediario entre creadores y consumidores, para asumir la tarea de disolver esa barrera social y simbólica *descentrando* y *desterritorializando* las posibilidades mismas de la producción cultural y sus dispositivos.

Corroborando esa imbricación entre cultura y comunicación emergen los dos procesos que están transformando radicalmente el *lugar* de la cultura en nuestras sociedades: la revitalización de las *identidades* y la revolución de las *tecniciidades*. Los procesos de globalización están reavivando la cuestión de las identidades culturales –étnicas, raciales, locales, regionales– hasta convertirlas en dimensión protagónica de muchos de los más violentos y complejos conflictos internacionales de los últimos años, al tiempo que las identidades, incluidas las de género y edad, están reconfiguran-

do la fuerza y el sentido de los lazos sociales y las posibilidades de convivencia en lo nacional y en lo local. Y es que en cuanto proceso de inclusión/exclusión a escala planetaria, la globalización está convirtiendo a la cultura en espacio estratégico de comprensión de las tensiones que desgarran y recomponen el "estar juntos", y el lugar de anudamiento de todas sus crisis políticas, económicas, religiosas, étnicas, estéticas y sexuales. De ahí que sea desde la diversidad cultural de las historias y los territorios, desde las experiencias y las memorias, desde donde no solo se resiste sino que se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla. Pues lo que galvaniza hoy las identidades como motor de lucha es inseparable de la *demanda de reconocimiento y de sentido*. Y ni el uno ni el otro son formulables en meros términos económicos o políticos, pues ambos se hallan referidos al núcleo mismo de la cultura en cuanto mundo del *pertenecer a* y del *compartir con*. Razón por la cual la identidad se constituye hoy en la fuerza más capaz de introducir contradicciones en la hegemonía de la razón instrumental.

Por otra parte, atravesamos una revolución tecnológica cuya peculiaridad no reside tanto en introducir en nuestras sociedades una cantidad inusitada de nuevas máquinas, sino en configurar un nuevo entorno o ecosistema comunicativo. Es al constituirse en *tercer entorno* (Echeverría, 1999; Lévy, 1998; Fischer, 2001) –que se imbrica con los entornos natural y urbano/social– que la tecnología digital configura nuestros modos de habitar el mundo y las formas mismas del lazo social.

Quando la tecnicidad se torna estructural

La *convergencia tecnológica* nos hace pensar, en primer lugar, en el surgimiento de una razón comunicacional cuyos dispositivos –la fragmentación que disloca y descentra, el flujo que globaliza y comprime, la conexión que desmaterializa e hibrida– agencian el devenir del mercado en el conjunto de la sociedad. Frente al consenso dialogal con el que

Habermas (1989) identifica a la *razón comunicativa*, descargada de las contradicciones políticas que introducen la mediación tecnológica y mercantil, lo que estamos necesitando descifrar es la *hegemonía comunicacional* del mercado generando un nuevo modelo de sociedad en el que la comunicación/información resulta el motor más eficaz del desencanche e inserción de las culturas –étnicas, nacionales o locales– en el espacio/tiempo del mercado.

Pero la globalización no es un puro avatar de la economía y el mercado, sino un movimiento que, al hacer de la *comunicación* y la *información* la clave de un nuevo modelo de sociedad, empuja a todas las sociedades hacia una intensificación de sus contactos y sus conflictos, exponiendo las culturas entre ellas como jamás antes lo estuvieron (Appadurai, 2001). Hasta las comunidades nómadas de la Amazonia –que rehúyen en forma manifiestamente violenta su encuentro con los otros– se topan hoy con esos nómadas modernos que patrocina el "turismo ecológico", esa especie de "antiturismo" que sale de su mundo para ir justamente al encuentro de los otros, en busca de experiencias del otro. La antropológicamente constitutiva relación entre cultura y comunicación se acentúa cuando algunas de las transformaciones culturales más decisivas provienen de las mutaciones que atraviesa el entramado tecnológico de la comunicación, afectando la percepción que las comunidades culturales tienen de sí mismas y sus modos de construir identidades.

La actual reconfiguración de las culturas indígenas, locales y nacionales, responde especialmente a la intensificación de la comunicación e interacción de esas comunidades con otras culturas del país y del mundo. Desde dentro de las comunidades locales, los actuales procesos de comunicación son cada día mejor percibidos como una oportunidad de interacción con el conjunto de la nación y del mundo. Y sin dejar de luchar por sus tierras, esa batalla hace hoy parte de su lucha por el Estado, esto es, por contar a la hora de construir un país.

Es el *lugar* mismo de la cultura en la sociedad el que cambia cuando la mediación tecnológica de la comunica-

ción deja de ser instrumental para espesarse, densificarse y convertirse en estructural. Pues la *tecnología* remite hoy no solo y no tanto a la novedad de los aparatos, sino a nuevos modos de *percepción* y de *lenguaje*, a nuevas sensibilidades y escrituras. Radicalizando la experiencia de desanclaje producida por la modernidad, la tecnología deslocaliza los saberes modificando tanto el estatuto cognitivo como institucional de las *condiciones del saber* y las *figuras de la razón* (Chartron, 1994), lo que está conduciendo a un fuerte borronamiento de las fronteras entre razón e imaginación, saber e información, naturaleza y artificio, arte y ciencia, saber experto y experiencia profana. Así, al mismo tiempo que afrontamos una creciente oleada de fatalismo tecnológico combinado con el más radical pesimismo político, nos hallamos ante una mutación tecnológica que ha entrado a configurar un nuevo ecosistema comunicativo. Ecosistema en el que la experiencia audiovisual trastornada por la revolución digital apunta hacia la constitución de una *visibilidad cultural* que es hoy el estratégico escenario de una decisiva batalla política contra el *viejo y excluyente poder de la letra* que a lo largo de un siglo y medio ha desconocido la diferencia y la riqueza de las oralidades y visualidades culturales, esas mismas que entrelazan ahora sus memorias a los imaginarios de la virtualidad para dar nuevo sentido y nueva forma a las tradiciones.

De la convergencia como transparencia comunicativa a la convergencia como conectividad e interacción cultural

"Convergencia digital" es el nuevo nombre de un proceso y un paradigma cuya primera figura fue, desde fines de los años 80, la de la "transparencia comunicativa". Se trató de un paradigma plenamente *integrado* (en el sentido que Umberto Eco le ha dado a esa palabra), puesto que lo que en verdad se proponía desde él era la ideología del "todo es comunicación", que en su traducción en términos de *información* vino a legitimar descaradamente las lógicas de la desregulación de los mercados. De manera que la convergen-

dura política de esa primera figura de la convergencia tecnológica es nada más y nada menos que la justificación técnica de la concentración económica. En el rediseño de nuestros Estados por las políticas neoliberales, el descentramiento alentado por las nuevas configuraciones de la tecnología ha pasado a servir de cobertura ideológica a la más desvergonzada concentración de medios en oligopolios impensables hace unos pocos años. Del arranque que marcara la compra de Time-Warner por AOL en EE.UU. y la fusión entre Vivendi-Seagram-Canal + en Europa, la *hiperconectividad* como segunda figura (TV, Internet, telefonía móvil) nos enfrenta a la intensificación en el plano de la concentración económica de lo que la *digitalización sin barreras* significa en el plano técnico.

Pero todo ese proceso de convergencia/concentración de poder mediático no puede llevarnos a invisibilizar ni a desvalorizar su otra vertiente, esto es: lo estratégico que entraña una mutación tecnológica que ha entrado a potenciar y densificar el nuevo ecosistema comunicativo. La experiencia cultural audiovisual trastornada por la revolución digital, apunta hacia la constitución de nuevas modalidades de *comunidad* (artística, científica, cultural) y de una *nueva esfera de lo público*. Ambas se hallan ligadas al surgimiento de una *visibilidad cultural*, escenario de una decisiva batalla política, la que hoy pasa por la deslocalización de los saberes trastornando sus viejas, pero aún prepotentes, jerarquías (Mignolo, 2001), disseminando los espacios en los que el conocimiento se produce y los circuitos por los que transita, y posibilitando a los individuos y a las colectividades insertar sus cotidianas culturas orales, sonoras y visuales, en los nuevos lenguajes y en las nuevas escrituras. En América Latina nunca el *palimpsesto de las memorias culturales múltiples* de su gente tuvo mayores posibilidades de apropiarse del *hipertexto* en que se entrecruzan e interactúan *lectura y escritura, saberes y haceres, artes y ciencias, pasión estética y acción política*.

"Convergencia tecnológica" significa entonces la emergencia de una nueva *economía cognitiva* regida por el desplazamiento del estatuto del número (que de signo del

dominio sobre la naturaleza está pasando a convertirse en mediador universal del saber y del operar técnico/estético), lo que viene a significar la primacía de lo sensorio-simbólico sobre lo sensorio-motriz. Pues la "numerización" digital hace posible una nueva forma de interacción entre la abstracción y lo sensible, replanteando por completo las fronteras entre la diversidad de saberes y de modos de hacer.

La *mirada crítica* nos advierte certeramente de los riesgos que entraña el actual desarrollo tecnológico en sus complicidades con las lógicas del mercado y los procesos de agravamiento de la exclusión social. Y es justamente por eso que nuestra inserción en la nueva mundanidad técnica no puede ser pensada como un *automatismo de adaptación socialmente inevitable*, sino más bien como un proceso densamente cargado de ambigüedades y contradicciones, de avances y retrocesos, un complejo conjunto de filtros y membranas (Manzini, 1991) que regulan selectivamente la multiplicidad de interacciones entre los viejos y los nuevos modos de habitar el mundo. De hecho la propia presión tecnológica está suscitando la necesidad de encontrar y desarrollar otras racionalidades, otros ritmos de vida y de relaciones tanto con los objetos como con las personas, relaciones en las que la densidad física y el espesor sensorial readquieren el valor primordial. De eso hablan la búsqueda de las medicinas alternativas o el esfuerzo por reencontrarse con el propio cuerpo y el de los otros recobrando el contacto y la inmediatez en la comunicación.

La velocidad de la expansión de la telefonía móvil y del acceso al correo electrónico entre los estratos más pobres de la sociedad en nuestros países marca un proceso inesperado de conexión de las mayorías a la red digital, que ingresan así al nuevo *espacio comunicacional* desde el cual pueden conectar los territorios de la emigración con los del propio país, intercambiando músicas y fotografías con sus parientes y amigos del otro lado del Atlántico y del mundo.

Una particular y pionera experiencia de convergencia cultural digitalmente mediada, a la que aún no se le está prestando la atención que merece desde el campo acadé-

mico, es la de los adolescentes y los jóvenes. Para ellos el computador no es ya una máquina, sino una *tecnicidad cognitiva y creativa* (Scolari, 2004; Bragança y Cruz, 2001; Dede, 2000). Claro que los educadores tienen derecho a preguntarse qué le está pasando al cuerpo cuando alguien pasa tantas horas frente a una pantalla, pero el verdadero problema no es qué le hace el computador al cuerpo, sino cómo afectan al cuerpo los nuevos modos de habitar el cuerpo y los nuevos saberes acerca de él, o sea, la tecnobiología y la genética, tanto en sus posibilidades como en sus perversiones. Esta es la pregunta que ha tenido la osadía de hacerse Donna J. Haraway (1991) al pensar no las posibilidades de transformación cosmética del cuerpo, sino las posibilidades del cuerpo-*cyborg*, ese híbrido que aterriza a todos los adultos de mi generación porque es la aleación que más desafía al cuento racionalista que nos hemos contado en Occidente. Pues mientras toda la historia de la evolución de lo humano es una historia plena de hibridaciones, de transfusiones de lo natural a lo artificial y viceversa, el racionalismo en que se convirtió el idealismo antiguo ha pretendido mantener en mundos separados la *episteme* y la *techné*, el conocimiento y la técnica, dotando al primero de toda la positividad de la invención y reduciendo la técnica a mero instrumento o utensilio, lo que nos ha impedido pensar las *relaciones constitutivas* que siempre hubo –pero que nunca como hoy se hicieron patentes– entre ciencia y técnica. De ahí que la existencia de la *tecnociencia* nos desafíe a pensar no la singularidad del "mundo de la técnica", sino –como advertiera Heidegger (1997)–, *la tecnicidad del mundo*, esto es: la técnica como dimensión constituyente de lo humano. Es a ese desafío al que van dirigidos los esfuerzos por pensar la convergencia tecnológica como *entorno y ecosistema comunicativo*, hoy socialmente tan estratégico como el ecosistema verde.

La convergencia digital introduce en las políticas culturales una profunda renovación del modelo de comunicabilidad, pues del unidireccional, lineal y autoritario paradigma de la *transmisión de información*, hemos pasado al

modelo de la *red*, esto es, al de la *conectividad* y la *interacción* que transforma la forma mecánica de la comunicación a distancia por la electrónica del *interfaz de proximidad*. Nuevo paradigma que se traduce en una política que privilegia la sinergia entre muchos pequeños proyectos, por sobre la complicada estructura de los grandes y pesados aparatos tanto en la tecnología como en la gestión.

Políticas públicas de convergencia cultural

La diversidad cultural atraviesa hoy una peculiar situación. Por una parte, la convergencia digital constituye hoy el ámbito de dos cruciales oportunidades: primera, la que abre la digitalización, posibilitando la puesta en un *lenguaje común* de datos, textos, sonidos, imágenes y videos, desmontando la hegemonía racionalista del dualismo que hasta ahora oponía lo inteligible a lo sensible y lo emocional, la razón a la imaginación, la ciencia al arte, y también la cultura a la técnica o el libro a los medios audiovisuales; y segunda, la configuración de un nuevo espacio público construido desde los movimientos sociales, las comunidades culturales y los medios comunitarios. Ambas oportunidades se hallan configuradas por una enorme y diversa pluralidad de actores que *convergen* sobre un compromiso emancipador y una cultura política en la que la resistencia es al mismo tiempo forjadora de iniciativas y de alternativas. Por otra parte, una creciente conciencia del valor de la *diferencia*, la *diversidad* y la *heterogeneidad* en el plano de las civilizaciones y las culturas étnicas, locales y de género, se enfrenta a un poderoso movimiento de *uniformación de los imaginarios cotidianos* en las modas del vestir y los gustos musicales, en los modelos de cuerpo y las expectativas de éxito social, en las narrativas con mayor público en el cine, la televisión y los videojuegos. Esa tensión ha sido resuelta por el mercado convirtiendo la diferencia cultural en estrategia de *reterritorialización* y *personalización de las prácticas de diferenciación social*. Como observa sagazmente David Harvey (1989) el mecanismo opera mediante "la

paradoja de que cuanto menos decisivas se tornan las barreras espaciales tanto mayor es la sensibilidad del capital hacia las diferencias del lugar y tanto mayor el incentivo para que los lugares se esfuercen por diferenciarse como forma de atraer el capital". Paradoja que en el ámbito individual puede ser traducida colocando el *esfuerzo por diferenciarse* en el centro de la lucha de los individuos por salir del anonimato social al que los condena el propio sistema.

La posibilidad de unas políticas públicas que se propongan asumir la complejidad de estos procesos pasa por el establecimiento de unos *marcos regulatorios de alcance a la vez mundial y local*, que son los dos espacios estratégicos en los que se mueven hoy tanto la economía como la tecnología y la cultura. Marcos regulatorios que solo podrán surgir de una *negociación* entre los actores públicos, privados e independientes, tanto del ámbito nacional como internacional y local. Pues como lo demuestran los foros mundiales de Davos y Porto Alegre, y especialmente las reuniones preparatorias de la Cumbre MSI, esos actores cuentan hoy con organismos, organizaciones y asociaciones capaces de representar los diferentes intereses en juego. Esto quiere decir que lo que la presencia de las TIC está produciendo a lo largo y ancho del mundo no es comprensible, ni proyectable políticamente, más que a partir de una *visión integral* capaz de ubicar en el entorno de los procesos de desarrollo económico-social, y de las prácticas de participación democrática, los *impactos* y las *potencialidades* de esas tecnologías.

Lo planteado contrasta con la ausencia del sector público en la conducción de los cambios tecnológicos, hecha visible por el salto de unas políticas *legalistas* y *voluntaristas* en comunicación y cultura –durante los años setenta y ochenta– a la *más pura y dura desregulación* que en los años noventa, deja libre al mercado para marcar las lógicas y las dinámicas de la transformación de las TIC. Con un agravante: mientras eso sucede en el plano de las telecomunicaciones y de los grandes medios, el Estado regula hasta el extremo a los pequeños medios, como las emisoras de

radio y las televisiones locales y comunitarias, multiplicando las trabas legales a su funcionamiento y expansión. Es por esto que además de la enorme brecha entre los países del Norte y el Sur encontramos que en los países más grandes y económicamente fuertes del Sur las oportunidades de conectarse a las redes ofrecen el índice de desigualdad más brutal: según la CEPAL: "en el año 2004 el grupo de ingresos más altos en Brasil alcanzaba una tasa de conectividad del 82%, mientras que la tasa nacional era solo del 12%". Pues la "brecha digital" es en realidad una *brecha social*, esto es, no remite a un mero efecto de la tecnología digital, sino a una organización de la sociedad que impide a la mayoría acceder y apropiarse tanto física, como económica y mentalmente, de las TIC.

Pero frente a esa situación también encontramos en América Latina algunos escenarios estratégicos de intervención de las políticas públicas, escenarios especialmente apropiados para poner la convergencia digital al servicio del intercambio y la potenciación de la diversidad cultural. El más relevante es el potencial estratégico que representan ya las redes digitales que tejen la *integración sociocultural del espacio latinoamericano* movilizando investigaciones científicas, experimentaciones artísticas y medios comunitarios de radio y televisión. Tanto desde los pequeños municipios rurales como desde los grandes barrios urbanos los sectores populares —ya sea mediante el protagonismo de jóvenes como incluso de algunas comunidades indígenas— estamos ante una intensiva apropiación *comunitaria* de la radio y la televisión para comunicar a las comunidades locales entre sí y a estas con otras en el mundo, con el objetivo de rehacer el tejido colectivo de memoria y contrainformación, y movilizando la imaginación para participar en la construcción de lo público.

Un segundo escenario es el que ofrecen las redes tejidas por los emigrantes, desde las de los emigrantes ecuatorianos en España que se comunican en quechua, o las de los mexicanos en EE.UU. que pasean por la *web* a la Virgen de Guadalupe vestida de chicana y en moto, o las del *net art* plástico y musical que los jóvenes hacen circular ya no solo

entre los connacionales, sino entre todos los migrantes latinos o sudamericanos, y mediante las cuales la convergencia digital hace ya parte constitutiva del espacio cultural iberoamericano en construcción.

Un tercer escenario, aunque con retraso y precarias condiciones aún, es la escuela pública, que comienza a converger con las tecnologías digitales desde las que se están reconfigurando tanto los modos de producción y circulación del conocimiento como los mapas laborales y profesionales. Pues los cambios de fondo que acarrea la sociedad de la información tienen justamente que ver con nuevas destrezas mentales requeridas por los nuevos oficios, las nuevas modalidades de aprendizaje formales y no formales, las nuevas formas de relación entre trabajo y juego, entre el espacio doméstico y el lugar de trabajo.

Y un cuarto escenario lo constituye la creciente conciencia de que los derechos a la información y el conocimiento son parte integral de los Derechos Humanos. Nos referimos al derecho de los ciudadanos y los grupos sociales al *acceso a la información* no solo como receptores, sino también como productores; y también al *derecho a la participación del, y en, el conocimiento*. Pues la hipervaloración de la información está produciendo una fuerte devaluación de los saberes tradicionales no informatizables, como las estrategias campesinas de supervivencia, las experiencias de vida en los inmigrantes, la memoria cultural de los ancianos, etc. De modo que en última instancia "sociedad de la información" está significando en nuestros países la expansión de una *sociedad del desconocimiento*, esto es, del *no reconocimiento* de la pluralidad de saberes y competencias culturales que, siendo compartidas por las mayorías populares o las minorías indígenas o regionales, no están siendo incorporadas como tales ni a los mapas de la sociedad ni a los de sus sistemas educativos.

Y junto a esta serie de escenarios para políticas públicas queremos terminar proponiendo un mapa de acciones estratégicas a poner en marcha para que la revolución digital sirva a una revolución que haga posible el reconocimiento del verdadero valor, de la riqueza que entraña la diversidad cultural (Martín-Barbero, 2005).

Así como en la base material de la inserción en la sociedad de la información se hallan unas *infraestructuras técnicas*, para apropiarse de los beneficios procurados por las TIC, nuestros países van a requerir dotarse de una nueva *base cultural* que posibilite el acceso real de las mayorías a los diversos usos de estas y a su producción creativa. Generar esa *base cultural* para nuestras sociedades latinoamericanas en su conjunto va a requerir de un proyecto tan exigente, y de tanto o mayor empeño, como el de la dotación de infraestructuras materiales. Denominamos ese proyecto "alfabetización virtual", y la entendemos conformada por el conjunto de *destrezas mentales, hábitos operacionales y talento interactivo* sin los cuales la presencia de las tecnologías entre la mayoría de la población será desaprovechada, o pervertida por el usufructo que de ella hace una minoría en su particular beneficio. Así como en otro momento de su historia toda Latinoamérica se dio como proyecto social básico la alfabetización de adultos, diseñada por Paulo Freire, ahora nuestras sociedades precisan un nuevo proyecto de *alfabetización virtual* no de un grupo social particular sino del conjunto de la población, desde los niños a los ancianos, desde las comunidades urbanas a las rurales y las indígenas, los trabajadores y los desempleados, los desplazados y los discapacitados.

Se trata de una alfabetización cuya principal peculiaridad reside en su *interactividad*, es decir que el aprendizaje se realiza mediante *el proceso mismo de uso de la tecnología*. Un uso que puede y, en ciertos casos, deberá ser *orientado*, pero que no puede ser suplido por meros conocimientos convencionales. Hay sin duda una *convergencia* por establecerse entre alfabetización letrada y *alfabetización virtual*, de manera que aquella sea integrada a esta como factor dinamizador de los procesos, pero a sabiendas de que la *cultura virtual* reordena las mediaciones simbólicas sobre las que pivota la cultura letrada al replantear no pocas de las demarcaciones espacio-temporales que esta supone. *Navegar* es también leer, pero no de izquierda a derecha ni de arriba abajo,

ni siguiendo la secuencia de las páginas, sino *atravesando* textos, imágenes y sonidos, conectados entre sí por muy diversos modos de articulación, simulación, modelado o juego. Modos de *articulación virtual* cuyas habilidades hacen parte indispensable de los saberes que requiere cada día con mayor frecuencia el mundo laboral y cultural de hoy.

La infraestructura de las bibliotecas públicas deberá convertirse en un espacio estratégico en cuanto punto de acceso básico por parte de las mayorías tanto a las redes como a la *alfabetización virtual*. La *convergencia* entre servicios tradicionales y nuevos, que introducen las redes virtuales, debe ser asumida como desafío a la vez *pedagógico y ciudadano*, ya que en ella se juega la estratégica relación entre información, interacción creativa y participación social.

Investigación de los modos de apropiación tecnológica

Junto con esta nueva *alfabetización*, la inserción de nuestros países en los desafíos y potencialidades de las tecnologías digitales pasa por un proyecto compartido de investigación acerca de los *modos en que las culturas locales* –municipios, etnias, regiones– *se están apropiando de las culturas virtuales*, esto es, de las modalidades de interacción en las redes de información que las comunidades seleccionan y desarrollan, de las transformaciones que sus usos introducen en la vida colectiva, y de los nuevos recursos –técnicos y humanos– requeridos para volver socialmente esas interacciones creativas y productivas. Justamente porque lo que producen las nuevas TIC es el desanclaje de las culturas *territoriales* y su inserción en los ritmos y virtualidades del *cibespacio*, nuestro sistema educativo y cultural necesita *hacer un seguimiento cercano y permanente* de las formas en que las diversas culturas territoriales están procesando los cambios, y para ello diferenciando edades, género, ciudades grandes y pequeñas, ámbitos rurales industrializados y subdesarrollados.

Digitalización del patrimonio

La *puesta en red digital* del patrimonio ofrece hoy una posibilidad estratégica tanto de su *conservación* como de la *democratización* de sus usos. La primera no necesita mayor argumentación dada la fragilidad de muchos de los documentos (y otros bienes culturales) y la fragmentariedad y precariedad de no pocos utensilios. La conservación digital no solo posibilita la protección de los bienes, sino que facilita su estudio y su permanente *activación*, esto es, su puesta en conexión con otros ya sea en términos cronológicos o temáticos, generales o especializados.

La digitalización hace asimismo posible la *visibilización local y mundial* de nuestro patrimonio, incluyendo aquí de modo especial la *puesta en común* de los diversos patrimonios nacionales y locales latinoamericanos. Por un lado, se trata de *democratizar*, de acercar el acervo patrimonial de estos países a sus propios ciudadanos para su conocimiento y disfrute, para el cuidado de la memoria histórica "real" –no oficial ni homogénea, sino plural– y para su apropiación por parte de las diversas generaciones y poblaciones hasta la más alejada de las metrópolis. Y por otra parte, se trata de *una nueva manera en la que nuestras culturas pueden estar en el mundo*, mostrando la riqueza de su historia y la creatividad del presente, desmontando clichés y estereotipos exóticos, atrayendo turismo. Y ello en las múltiples formas que hoy posibilita el hipertexto: en imágenes fijas y móviles, en sonoridades y músicas, en códigos y textos. Mediante *bancos de datos*, imágenes, narraciones orales, músicas, canciones, *fondos temáticos* o exposiciones virtuales.

Expansión de la creatividad en la red

Las redes digitales no son únicamente un lugar de conservación y difusión de los bienes culturales y artísticos, sino un espacio de *experimentación y creación estética*. La experimentación hipertextual posibilita nuevas formas de hacer

arte mediante *arquitecturas de lenguajes* que hasta ahora no habían sido renovables. Por otro lado la conectividad interactiva replantea la *excepcionalidad* de las "obras" y borrona la *singularidad* del artista desplazando los ejes de lo estético hacia las interacciones y los acontecimientos, hacia un tipo de "obra" permanentemente abierta a la colaboración de navegantes creativos. Metáfora de las nuevas modalidades de lo social, la creación en la *web* posibilita performatividades estéticas que la virtualidad abre no solo para el campo del arte, sino también para la recreación de la participación social y política que pasa por la activación de las diversas sensibilidades y socialidades hasta ahora tenidas en cuenta como incapaces de actuar y de crear, y de interactuar con la contemporaneidad técnica.

Libre acceso a todas las creaciones humanas

Una de las más rentables trampas a través de la cual opera el proceso de expropiación de las mayorías de los bienes culturales es la tramposa protección de la *propiedad intelectual* categoría espuria, pues en ella lo intelectual queda equiparado y reducido a lo mercantilmente apropiable, y mistificadora del *derecho de autor*, que es definitivamente cooptado por la idea de *patente* y su pseudojurisprudencia comercial. Necesitamos dejar al descubierto las formas y alcances del actual sometimiento que sufren el conocimiento científico y la experimentación estética a causa del desmantelamiento de las múltiples modalidades de regulación que impedían la extensión e invasión de la *propiedad* a los terrenos de los saberes, las prácticas y los servicios antes considerados públicos y que Internet transforma hoy en *bienes comunes*.

Así es como funciona la más nueva y quizá una de las más fecundas figuras de la convergencia cultural hoy, la de las *redes culturales* (Finkleleevich, 2000; Molina, 2001; AA.VV., 2002), animadas cotidianamente por artistas y por gestores, por formadores y por instituciones municipales y comunidades barriales. Con la enorme ganancia que entraña el que una de las tareas asumidas por muchos de los nuevos actores sea la de

veedores ciudadanos, empeñados en la fiscalización de los proyectos y decisiones de las que parten, de los dineros y los tipos de intercambio promovidos. Las *redes culturales* se están convirtiendo en el nuevo *espacio público de intermediación* entre actores diversos de un mismo país, entre actores del mismo ámbito –políticas, gestión, formación– en diversos países, o bien movilizándolo transversalidades y transdisciplinariedades que enriquecen desde el campo político el trabajo académico y desde el de la creación artística el campo político. Estamos ante la posibilidad histórica, no solo tecnológica sino también ciudadana, de renovar radicalmente el entramado político de la interculturalidad tejiendo redes que enlacen cada día más el mundo de los artistas y de los trabajadores culturales con el de las instituciones territoriales y las organizaciones sociales. Y lo vamos a necesitar, pues solo densificando y potenciando al máximo el tejido de los actores sociales e institucionales de nuestras culturas, y creando a lo largo del mundo alianzas lo más abarcativas posibles, podremos hacer frente a la ofensiva de desmovilización política e instrumentalización cultural que la globalización del mundo y las nuevas industrias de la seguridad han emprendido.

No puedo terminar esta reflexión sin enlazarla con las "razones de mi esperanza" (de las que Borges habló en un temprano libro titulado *El tamaño de mi esperanza*), que son las que articulan la investigación al quehacer político del que esto escribe. Me refiero a "la segunda oportunidad" (García Márquez) que, para los que han vivido cien años de soledad, puede entrañar la convergencia entre sus oralidades culturales y las nuevas visualidades y escrituras cibernéticas, si las culturas letradas aceptaran transformar su didactismo autoritario en mediación ciudadana performativa. Pues la subordinación de las oralidades, sonoridades y visualidades de las mayoría al orden excluyente de la letra sufre actualmente una erosión creciente e imprevista que se origina, por un lado, en la des-localización y diseminación de los "tradicionalmente modernos" circuitos del conocimiento, y por otro, en los nuevos modos de producción y circulación de lenguajes y nuevas escrituras que emergen a través de la tecnicidad electrónica, y especialmente en

Internet. Estamos así ante un nuevo escenario cultural y político que puede ser estratégico, primero, para la transformación de un sistema educativo excluyente (no solo cuantitativa, sino sobre todo cualitativamente), y ya anacrónico en relación con las mutaciones que atraviesan las culturas cotidianas; segundo, para que la democratización de nuestras sociedades llegue al mundo de las culturas de las mayorías posibilitando a las poblaciones apropiarse, desde sus propias culturas, de los nuevos saberes, lenguajes y escrituras.

Bibliografía

- AA.VV., *Redes, gestión y ciudadanía*, Quito, OCLAC-ABYAYALA, 2002.
- AA.VV., *Cultura y sustentabilidad en Iberoamérica*, Madrid, OEI/Interarts, 2005.
- Alfaro, R. (ed.), *Comunicación y política en una democracia ética*, Lima, Veeduría Ciudadana, 2005.
- Alfaro, R. et al., *Redes solidarias, culturas y multimediabilidad*, Quito, OeicAL/ Uclap, 1998.
- Appadurai, A., *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires, Trilce/ FCE, 2001.
- Bhabha, H. (ed.), *Nation and narration*, Londres, Routledge, 1977.
- Bragança, J. y Cruz, M., *Crítica das ligações na Era da Técnica*, Lisboa, Tropismos, 2001.
- Castells, M., *La era de la información*, vol. 1, Madrid, Alianza, 1997.
- CEPAL, *Los caminos hacia una sociedad de la información en América Latina y el Caribe*, Santiago, ONU-Cepal, 2003, disponible *on line* en: <<http://www.cepal.cl>>
- Chartron, G. (ed.), *Pour une nouvelle économie du savoir*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1994.
- Dede, C. (comp.), *Aprendiendo con tecnología*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- Echeverría, J., *Los señores del aire: Telépolis y el Tercer entorno*, Barcelona, Destino, 1999.

- Finguelevich, S. (coord.), *¿Ciudadanos a la red! Los vínculos sociales en el ciberespacio*, Buenos Aires, Ciccus/La Crujía, 2000.
- Fischer, H., *Le shock numérique. A l'aube d'une nouvelle civilisation*, Montreal, BLV, 2001.
- García Canclini, N. (coord.), *Iberoamérica 2002*, México, OEI/ Santillana, 2002a.
- , *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires, Paidós, 2002b.
- Habermas, J., *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Madrid, 1989.
- Haraway, D., "Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX", en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1991.
- Harvey, D., "The experience of space and time", en *The condition of Postmodernity*, Cambridge, Basil Blackwell, 1989.
- Heidegger, M., *Filosofía, ciencia y técnica*, traducción de F. Soler y J. Acevedo, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1997.
- Lahire, B., *La Culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*, París, La Découverte, 2004.
- Lévy, P., *A inteligencia colectiva*, San Pablo, Loyola, 1998.
- Maigret, E. y Macé, E., *Penser les médiacultures : nouvelles pratiques et nouvelles approches de la représentation du monde*, París, Armand Collin, 2005.
- Manzini, E., *Artefacts. Vers une nouvelle écologie de l'environnement artificiel*, París, C. G. Pompidou, 1991.
- Marinas, J., "La identidad contada", en *Destinos del relato al fin del milenio*, Valencia, Archivos de la Filmoteca, 1995, págs. 66-73.
- , *La razón biográfica. Ética y política de la identidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.
- Martín-Barbero, J., "Cultura y nuevas mediaciones tecnológicas" en AA.VV., *América Latina: otras visiones desde la cultura*, Bogotá, CAB, 2005, págs. 13-38.
- Mignolo, W. (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2001.

- Molina, J., *El análisis de redes sociales: una introducción*, Barcelona, Bellaterra, 2001.
- Quintero Rivera, A., *Salsa, sabor y control*, México, Siglo XXI, 1998.
- Ricoeur, P., "Cultures: du deuil a la traduction", *Le Monde*, París, 25 de mayo de 2004.
- Sánchez Botero, E., *Justicia y pueblos indígenas de Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional/Unijus, 1998.
- Santos, M., *Por otra globalización: del pensamiento único a la conciencia universal*, Bogotá, CAB, 2004.
- Scolari, C., *Hacer clic. Hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales*, Barcelona, Gedisa, 2004.
- Williams, R., *Problems in Materialism and Culture: Selected Essays*, Londres, Verso, 1980.
- Winocur, R., *Ciudadanos mediáticos*, Barcelona, Gedisa, 2002.